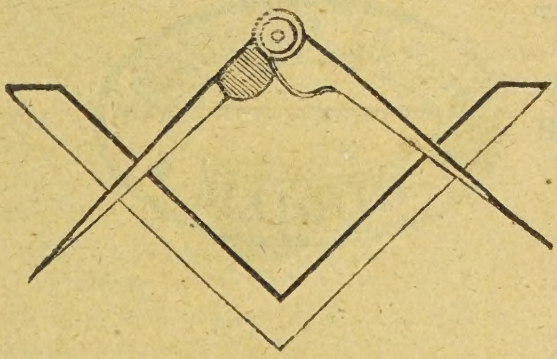
Manuel Noguera

LIMA.

GALERIA LÍRICO-DRAMÁTICA

HISPANO-LUSITANA.

Calle de Hortaleza, núm. 5, Madrid.



MADRID:—1872.
IMPRENTA DE D. PEDRO MONTERO,
Plazuela del Cármen, 5.

15

CORBATA ROJA.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, ARREGLADO DEL FRANCÉS,

POR

D. MANUEL NOGUERAS.

ESTRENADA EN MADRID CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL TEATRO DE LOPE DE RUEDA, EN MAYO DE 1873.

EDUARDO HIDALGO, EDITOR
MADRID

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
784

MADRID:
IMPRENTA Á CARGO DE J. J. DE LAS HERAS,
calle de San Gregorio, núm. 5.
1873.

PERSONAJES.	*ACTORES.*
CONCHA.	D.ª María Ruiz.
CARMEN.	Trinidad Rodriguez.
GERONIMO.	D. Antonio Hernandez.
ANASTASIO.	Antonio Puga.
TEODORO.	José Cruz.

La escena pasa en Alemania.

Esta comedia, y todas las obras que publique la GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA HISPANO-LUSITANA, *son de la exclusiva propiedad de D. Joaquin Guillermo de Lima, quien perseguirá ante la ley á quien las reimprima, traduzca ó represente sin su permiso, etc.*
Tiene hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

(*Casa pobremente amueblada; puerta en e ¡oro, y otra á la izquierda.*

ESCENA PRIMERA.

GERÓNIMO.—CONCHA.

CONCHA. ¡Me gusta!...

GERÓN. ¿Pero no quieres escucharme?

CONCHA. No. ¿Cómo has tardado tanto tiempo? Dos horas he estado de planton en la portería. ¿Es esto regular?

GERÓN. Pero, hija, ¡si he vuelto al momento!

CONCHA. ¡Al momento!... Vaya, tengamos la fiesta en paz.

GERÓN. Pero si no...

CONCHA. ¡Ay, Gerónimo, Gerónimo! Hace tiempo que observo en tí una conducta que me desagrada mucho; te encuentro con una frialdad...

GERÓN. ¡Frialdad!... Al contrario; y la prueba es que hoy se celebra nuestro casamiento.

CONCHA. A pesar de eso; pero bien sé la causa, que ya haré yo que desaparezca.

GERÓN. ¿Y cuál es la causa!

CONCHA. Las vecinitas que tienes enfrente del taller.

GERÓN. Pero si no las hablo... ni...

CONCHA. Yo te he visto saludarlas.

GERÓN. Por urbanidad. A mi me gusta saludar á todo el mundo. Vamos, Conchita, suprime esos arranques de celos, y no te incomodes por tan poca cosa; ya sabes cuántos años hace que te adoro con toda mi alma, y que eres y serás la única reina de mi corazon. Con que olvida eso, y dime qué te parecen estos muebles que he comprado. (*Concha no mira.*) Vamos.

724649

CONCHA. Déjame.

GERÓN. Mira qué sillas, qué mesas, y qué ajuar de cocina. Todo para tu regalo.

CONCHA. Es verdad: ¡pues son bonitos... pero, muchacho, ¡esto te habrá costado un dineral!.., ¿Cómo has podido...?

GERÓN. ¿Te sorprende esto, verdad? Pues más te sorprenderás cuando sepas que poseo una fortuna.

CONCHA. ¿Cómo?

GERÓN. Que soy casi, casi, un hombre rico. No habia querido decirte cosa alguna hasta hoy; pero cuando ya vamos á ser una misma persona, yo no debo tener secretos para tí. Oye: (*Con misterio.*) Hará cosa de un mes, poco más ó menos, que al entrar una mañana en casa de mi maestro, se acercó á mí un caballero, á quien no conozco, y me llamó; me condujo á la callejuela inmediata, que ya sabes que es muy solitaria, y allí me preguntó si queria hacerle en un corto plazo diez corbatines del color que él me indicaria, y en aquella mañana quedaron hechos.

CONCHA. ¿Los diez?

GERÓN. No: hice once; eso es cuestion de corte; saqué uno más, y es este que llevo puesto.

CONCHA. ¡Qué lindo!... pero sisar de ese modo...

GERÓN. Entre los sastres ya sabes que es una costumbre inveterada. El buen caballero quedó muy contento y me dió por todo ello cien pesetas.

CONCHA. ¡Los pagó á buen precio!

GERÓN. Es que no solamente fué eso; oye más: cuando venia ayer con los muebles que acababa de comprar, se acerca á mí un hombre, y sin decirme cosa alguna, siento que me agarra de un brazo.

CONCHA. ¡Qué miedo!

GERÓN. Figúrate el que yo pasaria, de noche y con la calle desierta! Pero el embozado, sin hacer alto en mi susto, me dió unos papelotes diciéndome al oido; «No faltes á la cita.» Yo, repuesto ya algun tanto de mi sorpresa, le dige: Se ha equivocado usted: por fuerza me confunde usted con algun otro; yo soy Gerónimo Novillo, el sastre, y creo...

CONCHA. ¿Y qué?

GERÓN. Que sin hacer caso de las señas de esta casa, ni oirme, desapareció. Yo subí de cuatro en cuatro los escalones, pues tenia curiosidad de ver los papelotes; y juzga de mi sorpresa cuando al exa-

minarlos aquí mismo ví que eran nada menos que billetes de banco, y una circular para la dichosa cita.

CONCHA. ¡Dios mio, qué fortuna!

GERÓN. (*Abre la cómoda y los saca.*) Ahí la tienes; para tí es.

CONCHA. ¡Qué alegría!

GERÓN. Ya sé que te gusta el dinero. Conque, querida Conchita, esta noche se celebrará nuestra boda; pero con más lujo que lo hubiéramos hecho antes. Convidaremos á nuestro primo, á los vecinos, y habrá tambien baile. ¿Te parece bien?

CONCHA. Muy bien pensado. Apropósito, aquí tenemos á mi primo.

ESCENA II.

DICHOS.—ANASTASIO, *de soldado.*

ANAST. Felices, prima. ¿Me habrás echado de menos? pero no he podido ir á verte porque he estado de guardia: cuando salí he ido á tu casa, y como me han dicho que estabas aquí, vengo á saludarte y á darle un apreton de manos á mi futuro primo.

GERÓN. Muchas gracias.

ANAST. En la portería hay un muchacho que pregunta por tí.

GERÓN. Ya sé lo que es; viene de parte del maestro por este levisac que me mandó hacer, y que yo me habia puesto hoy para ir á ver al cura.

CONCHA. ¡Pero Gerónimo!...

GERÓN. No tengas cuidado; si es para un ministro, y deberia agradecerme el favor, porque así lo he amoldado. (*Lo envuelve en un pañuelo, poniéndose otra prenda.*) Pronto vuelvo. (*Váse.*)

ESCENA III.

CONCHA.—ANASTASIO.

ANAST. Primita... ya que estoy aquí, quisiera preguntarte...

CONCHA. Como siempre; ¿de tus amores?

ANAST. Justamente: estoy bestialmente enamorado.

CONCHA. ¿De veras?

ANAST. Como un bárbaro.

CONCHA. ¿Y de quién?

ANAST. De Carmencita, la hija del fondista; ya te lo he dicho otras veces. La chica se pirra por mí; pero sus padres no me dejan entrar en la casa, y esto me desespera.

CONCHA. Pues entonces, ¿cómo te arreglas para verla?

ANAST. Muy sencillamente: como en la casa hay tambien taberna, me paso todo el dia bebiendo y haciendo gasto. Cuando solo iba por verla, me echaban á la calle; pero ahora, como soy parroquiano, no se atreven á despedirme. Pero esta mañana fuí allá, y lo he echado todo á perder. Pregunté por Cármen cuando pedí mi racion diaria, y me contestaron que habia salido con un tal Teodoro, que es con quien debe casarse, segun los deseos del padre. Yo me exalté; me arrebaté; le dige al padre que no lo consentiria; el padre se amostazó, yo tiré del sable, y le di unos cuantos golpes de plano en las costillas.

CONCHA. ¡La hiciste buena! Pues te has quedado sin novia.

ANAST. Hubo más: como en el alboroto he hecho pedazos cuanto habia sobre el mostrador, y armé tal bulla, un comisario que se apareció por allí me llevó ante el juez y he sido condenado á una multa, que si hoy mismo no la pago, darán parte á mis jefes y seré preso.

CONCHA. Eso si que no lo consentiré yo.

ANAST. ¿Por qué?

CONCHA. Porque tengo dinero para que pagues, y todo está concluido, siempre que me des palabra de no volver por allí; y pasemos á otra cosa. Esta noche se celebra nuestro casamiento; con que no te hagas esperar; ya sabes que contamos contigo, y que eres uno de los testigos.

ESCENA IV.

DICHOS.—GERÓNIMO.

GERÓN. Eh! ya estoy aquí.

CONCHA. Pues yo voy á comprar algunas cosas que faltan para la cena.

GERÓN. Ya te habrá dicho Concha que no faltes.

ANAST. No tengas cuidado, volveré enseguida; no voy más que á acompañar á mi prima.

CONCHA. Adios, Gerónimo; adios, queridito mio.
GERÓN. Adios, paloma.

ESCENA V.

GERÓNIMO.

GERÓN. ¡Hermosa, hermosísima es mi Concha! No habria una mujer igual en el mundo si no tuviera ese genio tan desigual y tan brusco en ocasiones; pero aparte de esto, vale en lo demas un tesoro. Vamos, no he tenido tan mala suerte; me doy por satisfecho con mi mujercita. Mientras vuelve arreglaré un poquito por la cocina, que está todo en medio y sin colocar. (*Golpes en la puerta del foro.*) Creo que llaman. ¿Quién?... Allá voy. (*Abre la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

GERÓNIMO.—TEODORO.—CARMEN.

TEODORO. (*Embozado, dice á Carmen.*) Pase usted. (*Se dirige á Gerónimo, le toma de la mano, le conduce á un extremo de la estancia, y le dice con voz grave:*) Hermano.
GERÓN. (*Admirado.*) ¡Es á mí!
TEODORO. Silencio. ¿Te llamas Gerónimo Novillo, y eres sastre?
GERÓN. Con perdon de usted.
TEODORO. ¿Te han entregado unos papeles, eh?
GERÓN. ¡Ah! ¿es usted el de anoche?...
TEODORO. Basta.
GERÓN. Pues basta.
TEODORO. Como sabia tu casa, vengo á que me hagas un favor.
GERÓN. Lo que usted guste, señor mio.
TEODORO. Hermano, se dice.
GERÓN. ¡Ah! sí, hermanico.
TEODORO. Aquí deposito esta jóven, hasta mañana.
GERÓN. ¿Para qué?
TEODORO. Silencio. La deposito, no te digo más. Respondes de ella y su custodia, con tu cabeza. Adios.

(*Váse.*)

ESCENA VII.

GERÓNIMO.—CARMEN.

GERÓN. ¡Con mi cabeza!... (*Mirando á Cármen.*) Pues la doy por perdida, porque dice el refran que «guardar á una mujer no puede ser.»

CARMEN. ¿Y me quedo aquí?

GERÓN. Así parece. (Pero, y cuando venga la otra, ¿qué va á decir si me encuentra con esta?) (*Ap.*)

CARMEN. ¿Pero me esplicará usted...?

GERÓN. Todo lo que sé... es decir, nada. (*Ap.*) (Esta jóven será alguna víctima propiciatoria...)

CARMEN. Oigame usted, caballero. Veo que ignora cuanto pasa, y yo quiero enterar á usted.

GERÓN. ¿Sí?... me alegro; vamos, cuente usted, pero de prisa, porque pudieran sorprendernos... Con que diga usted. (*Mirando siempre la puerta del foro.*)

CARMEN. Yo tengo un novio...

GERÓN. ¡Hola!

CARMEN. Mejor dicho: tengo dos novios...

GERÓN. ¡Hola! ¡hola!

CARMEN. Pero aunque tengo dos...

GERÓN. Sí, tiene usted otro que hace el número tres; esa es la costumbre: adelante.

CARMEN. No señor. Iba á decir, que aunque tengo dos novios, yo no quiero más que á uno, y él es quien me ha traido aquí, sacándome de casa de mis padres con el pretesto de que allí corria peligro, porque esta noche van á suceder cosas muy graves en la ciudad.

GERÓN. ¡Diablo!... ¿El padre de usted es acaso...?

CARMEN. Fondista, caballero... y honrado.

GERÓN. Tres cosas que no comprendo... Pues, señor, no entiendo una palabra.

CARMEN. Ha pedido permiso á mis padres para llevarme á un baile, y aquí me ha dejado hasta mañana.

GERÓN. ¿Con que á un baile, eh?... ¡No será malo si llega Concha y saca á relucir su geniecito!—Oigo ruido: ¡Dios mio!... ¡suben, y es ella!... ¡he oido su voz!... Señorita, haga usted el favor de retirarse.

CARMEN. ¿Y por qué me he de retirar?

GERÓN. Porque el otro... el hermanico, me ha encargado que no la vea á usted nadie... y por eso... vamos,

haga usted el favor de entrar en ese cuarto mientras duran las actuales circunstancias.

CARMEN. ¿Estaré mucho tiempo?

GERÓN. Mientras duren las actuales circunstancias. (*Entra Carmen en la izquierda.*) ¡Válgame San Nicomedes! De aquí no escapo: ó el hermanico, ó mi dulce amor, me destrozan. (*Llaman.*) ¡Voy, voy!

ESCENA VIII.

GERÓNIMO.—CONCHA.

CONCHA. (*Con una cesta grande tapada.*) ¡Jesus!... vengo derrengada... y tú, que te has empeñado hoy en hacerme esperar!... toma, lleva la cesta... ¿Qué estabas haciendo, hombre?

GERÓN. Ahí, en la cocina... arreglando... trae, trae; ¡qué cansada vienes, pobrecita!

CONCHA. Reventada. He estado contando al platero tu acontecimiento.

GERÓN. ¡Dios mio!... ¿Y has dicho tambien lo de los billetes?

CONCHA. Claro que sí: y su mujer y las vecinas se comian los puños de envidia.

GERÓN. Mal hecho; muy mal hecho.

CONCHA. ¿Por qué?

GERÓN. Porque eso no le interesa ni le importa á nadie... y porque nosotros... (*Ap.*) (¡Ay, Dios mio, que está abriendo la puerta!)

CONCHA. No te quitarán por eso tu fortuna. ¿Pero qué tienes que estás tan inquieto?

GERÓN. Nada; que estoy pensando en la felicidad que me espera... (*Ap.* (¡Si abren esa puerta!...) y ya ves... (*Llaman.*) ¿Llaman?

CONCHA. Sí.

GERÓN. ¡Voy allá!

ESCENA IX.

DICHOS.—ANASTASIO.

GERÓN. ¡Hola, primo!

ANAST. ¿Soy puntual?

CONCHA. Mucho que sí: eres el primero.

ANAST. En estos casos, no me gusta hacerme esperar. (*Mirando la cesta.*) ¡Hola, botellas!

CONCHA. Verdadero y legítimo Rhin.

ANAST. Me gusta por el nombre; porque nunca lo he probado.

GERÓN. Esta noche es preciso alegrarse un poquito: hoy es dia de desórden, para entrar luego en la verdadera calma. ¿No es cierto, Conchita? (¡No se va á armar mala cuando asome la que está en el cuarto! Va á ser la verdadera gorda!) (*Ap.*)

CONCHA. Gerónimo, trae dos platos para poner esto. (*Por lo de la cesta.*)

GERÓN. (*Ap.*) ¡Si saldrá! (*Váse.*)

ESCENA X.

CONCHA.—ANASTASIO.

CONCHA. Anastasio, lleva esta cesta á la cocina, y allí sacais cuanto hay en ella, y lo poneis sobre una mesa.

ANAST. Corriendo. (*Váse.*)

ESCENA XI.

CONCHA.—CARMEN.

CONCHA. Voy á ver si están los manteles en este cuarto. ¡Dios mio!... ¡una mujer!... ¡una mujer escondida! ¡Ah, infame!... ¡Y antes de casarnos!

CARMEN. Tranquilícese usted, señora, y escuche...

CONCHA. No quiero escuchar. ¡Gerónimo! (*Llamando.*) ¡Gerónimo!

ESCENA XII.

DICHAS.—ANASTASIO.

ANAST. ¿Qué tienes?... ¿Qué sucede?

CONCHA. ¡Una friolera!... ¡Que me he encontrado á esta señorita en el cuarto de Gerónimo!

ANAST. ¿En su cuarto?

CONCHA. Y encerradita.

ANAST. (*A Carmen, que se cubre la cara con el velo.*) Venga usted aquí... ¡Cielos! (*Viéndola.*) ¡Cármen!... ¡Ah, infame! (*Arrojándose á ella.*)

CONCHA. ¡Por Dios, Anastasio!

CARMEN. ¡Escúchenme ustedes, por todos los santos! ¡Juro á ustedes que, aunque las apariencias me culpan, ignoro donde estoy.

ANAST. Te voy á matar.
CONCHA. No; voy á ser yo la que...

ESCENA XIII.

DICHOS.—GERÓNIMO, *con unos platos en la mano.*

GERÓN. No hay que alborotarse, que ya estoy aquí.
CONCHA. ¡Venga usted aquí, villano! (*Enseñándole á Carmen.*) ¿Qué es esto? (*Le agarra por un brazo y deja caer los platos.*)
GERÓN. ¡Cayó la casa acuestas!
CONCHA. Diga usted: ¿qué es esto?
GERÓN. ¿Esto?... una mujer.
CONCHA. ¡Es usted un vil!
GERÓN. Pero Concha... (*Suplicante.*)
ANAST. (*Cogiéndole por otro brazo*) ¡Es usted un pillo!
GERÓN. ¡Primito!...
ANAST. Como vuelva á oir esa palabra le ahogo á usted.
GERÓN. Pero, señor, ¿qué es lo que he hecho?
CONCHA. La señora puede decir...
ANAST. Justo, mi novia.
CONCHA. No; la querida de este caballero.
CARMEN. ¿Pero qué es lo que ustedes dicen?
GERÓN. ¿Y te atreves á suponer?...
ANAST. ¡Calle usted!
GERÓN. Pero, señores... (*Suplicando.*)
CONCHA. ¡No alce usted el gallo!
GERÓN. Qué gallo, ni qué gallina.
ANAST. ¡Silencio, desgraciado! y conteste usted.
GERÓN. Vaya usted preguntando.
ANAST. ¿Por qué se encuentra aquí esta señorita?
GERÓN. Por que ha venido.
CONCHA. ¿Aun tiene usted ganas de bromas?
ANAST. Responda usted.
CARMEN. Sí, que hable.
LOS TRES. ¡Vamos!
GERÓN. Voy á decirlo. (*Con aire de importancia.*) ¿Ustedes no lo saben?...
LOS TRES. No.
GERÓN. Pues yo tampoco. Pero ¡voto á brios! que si continúan ustedes insultándome, y amenazándome de este modo, lo hecho todo á rodar, y salga el sol por donde quiera. ¡Brrr, brrr!... (*Bufando.*)
CONCHA. Vamos, vamos... (*Tranquilizándole.*)

ANAST. Vamos á verlo. (*Tirando del sable.*)

GERÓN. (*Escondiéndose detras de Concha.*) ¡Eh!... ¡no hagamos una barbaridad!.. ¡Cuidadito!

ANAST. ¿Tienes miedo?

GERÓN. No señor; pero las armas no son iguales, y por eso...

ANAST. Bien: al amanecer volveré con dos pistolas.

GERÓN. Vuelva usted; aquí quedo esperando. (*Ap.*) (Ahora mismo me marcho de casa y no vuelvo en mi vida.)

ANAST. Que me espere usted.—Ande usted, señorita; vamos á casa de su padre.

GERÓN. ¡Eh!... Que esa señora no puede salir de aquí.

CONCHA. ¡Y todavía el gran bribon!... (*Sujetándole.*) Llévatela, Anastasio, llévatela.

ANAST. ¡Ya se ve!... ¡Vamos, andando!

ESCENA XIV.

CONCHA.—GERÓNIMO.

GERÓN. ¡Y se la lleva!... ¿Y qué respondo yo al hermanico cuando venga á buscarla?... ¡Ah, Concha desgraciada, me has perdido!

CONCHA. ¡Todavía!...

GERÓN. ¡No sabes que al salir esa jóven de aquí, arriesgo mi cabeza!

CONCHA. ¿Qué?...

GERÓN. Sí, hija mia, mi cabecita; ¡tan poco vale para tí... que así atentas contra ella!... ¡Ah, Concha, Concha, no sabes lo que te haces!

CONCHA. ¡Calle usted, hombre inícuo!... pero no hay nada perdido. Me marcho para no volver jamás. No debo estar ni un momento más al lado de un hombre tan inmoral y tan cínico como usted.

GERÓN. ¿Y es así como debia concluir este dia?

CONCHA. Usted tiene la culpa.

GERÓN. Te juro que soy inocente.

CONCHA. ¿Todavía tiene usted valor de negar lo que he visto?

GERÓN. ¿Pues no lo he de negar, si no has visto nada? Yo te probaré...

CONCHA. ¿Y cómo quiere usted probar...?

GERÓN. ¿Cómo?

ESCENA XV.

DICHOS.—TEODORO.

TEODORO. (*Que ha salido antes, le toca en el hombro.*)
GERÓN. ¿Eh? (*Viéndole.*) ¡Muerto soy!
TEODORO. ¿Dónde está la jóven que traje...?
GERÓN. (¡El trueno gordo!)—Compañerito... digo, hermanito... por que creo que es usted...
TEODORO. Silencio. ¿Dónde está la jóven?
CONCHA. (¡Qué oigo?)
GERÓN. ¿Con qne la jóven... la señorita de...
TEODORO. Basta. Supuesto que la conoces... ya sabes que no podia estar en su casa esta noche; allí debia verificarse la cosa...
GERÓN. ¡Ah, sí!... (¡Qué será la cosa!)
TEODORO. Ya ves el riesgo grave que corria...
GERÓN. ¡Oh, sí; mucho!
TEODORO. ¿Con que dónde está?
GERÓN. Diré á usted, hermano mio... (¿Y qué le digo?) (*Ap.*) viendo que se hacia tarde... y que... en fin, sin que haya podido evitarlo, y por más que me opuse... se marchó á su casa.
TEODORO. ¡Oh, bien; muy bien! Ya sabes que nuestra conspiracion se ha descubierto!
GERÓN. ¡Cáspita! ¡Qué lástima!... ¡una conspiracion tan bien arregladita!...
TEODORO. No nos veriamos ahora tan apurados si todos hubieran sido tan fieles como tú: ¡tan discretos! Por mi parte no temo; pero vosotros...
GERÓN. Nosotros... ¿eh?
TEODORO. Sí; correis mucho peligro.
GERÓN. ¡Santo Cristo de la Luz, alumbra este cuadro!
TEODORO. Pero escucha: á las cuatro hallarás en el muelle una lancha... ¿me entiendes?
GERÓN. Si señor; ¿y para qué?
TEODORO. Esa lancha te conducirá á un buque. Parte.
GERÓN. Sí, es verdad; voy á ser el partido... por medio.
TEODORO. De no hacerlo así, te prenderán, y á las ocho te ahorcarán.
GERÓN. ¿A las ocho?
TEODORO. Poco más ó menos, pero te ahorcarán.
GERÓN. A ver, á ver, que ya me va interesando... dígame usted...

TEODORO. Nada más; sigue mi consejo. A las cuatro te espera una lancha... en la punta del muelle. Adios. (*Váse. Gerónimo le sigue con la vista.*)

ESCENA XVI.

CONCHA.—GERÓNIMO.

GERÓN. (*Despues de mirar fijamente á Concha.*) ¿Te gusta?
CONCHA. ¡Si no he entendido una palabra!
GERÓN. Pues lo mismo me sucede á mí.
CONCHA. ¿Y qué has hecho?... ¿Qué peligros son esos que te amenazan?
GERÓN. Solo sé que todo el mundo quiere matarme: al amanecer, tu primo, que viene con dos pistolas... á las cuatro, la lancha que me aguarda... y á las ocho... á las ocho, que me ahorcan!... ¡Pues aunque tuviera doscientas vidas, no tendria bastantes para salir airoso de mis compromisos!
CONCHA. ¿Pero por qué no das parte á la autoridad?
GERÓN. ¿Y de qué?... ¿No te digo que nada sé?
CONCHA. Pues escápate, ó escóndete en cualquier parte.
GERÓN. Nada de eso; yo quiero enterarme.
CONCHA. Pero ¿y si te ahorcan?
GERÓN. Eso quiero yo; así lo sabré todo. ¡Maldita conspiracion!
CONCHA. ¡Pero si tú eres inocente!
GERÓN. ¿Y lo creerán, despues que has contado á todo el mundo la historia de los billetes?
CONCHA. Es verdad. ¡Pobre Gerónimo!... ¡estás perdido!
GERÓN. Y lo peor es que me encontrarán. No me queda más que un recurso.
CONCHA. ¿Cuál?
GERÓN. Embarcarme: Partirme con el buque.
CONCHA. ¿Y me abandonarás?... (*Casi llorando.*)
GERÓN. Pártete tú tambien. (*Llorando.*)
CONCHA. ¡Y el dia de nuestra boda!
GERÓN. ¡Qué desgracia!
LOS DOS. Jí!... jí!... jí!... (*Llorando.*)

ESCENA ULTIMA.

GERÓNIMO.—CONCHA.—ANASTASIO.

ANAST. Que Dios os guarde.
GERÓN. No amanece todavía... ¡Tempranito empezamos!
ANAST. Venga esa mano, primo: todo lo sé; Carmen me

lo ha contado. He venido á reconciliarme contigo, y al mismo tiempo á darte la enhorabuena.

GERÓN. ¡No es mala enhorabuena la que tengo encima!

ANAST. ¡Eh, tonto!... escucha: El ministro favorito, con varios amigos suyos, estaban cenando en la fonda de Rívoli, el padre de Cármen; y yo estaba bebiendo unas copas en una sala inmediata, desde donde oia todo cuanto hablaban.

GERÓN. ¿Y qué?

ANAST. El ministro dijo: «¿No saben ustedes, señores, que esta noche querian asesinarnos?... que habia una conspiracion para matarnos en este mismo sitio? Pero esa gran conspiracion se ha descubierto á muy buen tiempo, y del modo más original que puede darse. Me ha llevado mi sastre este levisac y mirando los bolsillos, he hallado en ellos un papel que me ha puesto al corriente de todo.»

GERÓN. ¡Ah! ya sé; la circular que me dieron, y que yo me guardé distraidamente.

ANAST. «Mandé preguntar al sastre, continuó el ministro, y contestó que él nada sabia, porque la prenda habia sido hecha por un oficial suyo, llamado Gerónimo Novillo, y á él es sin duda á quien debo tan buen aviso. Pero le haré buscar y le recompensaré.»

GERÓN. ¡Cómo!

ANAST. Entonces pedí permiso, y entré en la habitacion, y al decirle que te conocia, me contestó: «Pues bien, condúcele aquí; le gratificaré, y quiero nombrarle sastre de cámara.»

GERÓN. ¡Dios mio!... ¡Qué peripecia tan extraña y tan repentina!

CENCHA. ¡Sastre de cámara!

ANAST. Con que vamos pronto, que S. E. aguarda: vamos corriendo.

GERÓN. Sí, sí, volando; vamos á ver á esa víctima que yo he salvado.

¡Gracias á Dios que al cabo
me veo libre
de tanto y tanto susto
de gran calibre!
Y pues salvo ministros
sin saber nada,
sálvanos á nosotros
con dos palmadas.

(Baja el telon.)

lo he contado. He venido á reconciliarme contigo.

ANAST. Y al mismo tiempo á darte la enhorabuena.

GERÓN. ¡No es mala enhorabuena la que tengo pedida!

ANAST. ¡Sí, sí, tonto!... escucha: El ministro favorito, con varios amigos suyos, estaban cenando en la fonda de Rivoli, al padre de Gómez; y yo estaba bebiendo unas copas en una sala inmediata, desde donde oía todo cuanto hablaban.

GERÓN. ¡Y qué?

ANAST. El ministro dijo: «Yo sabon vatedes, señores, que esta noche querían asesinarme... que habían sido conspiración para matarnos en este mismo sitio? Pero, esa gran conspiración se ha descubierto á muy buen tiempo, y de tal modo más original que puede darse. Me ha llevado mi amigo este levisac y mirando los bolsillos, he hallado en ellos un papel que me ha puesto al corriente de todo.»

GERÓN. ¡Vaí! ya se: ¡á eíronar! que no dieron, y que yo me guardé diferentemente.

ANAST. Mande preguntar al sastre, continuó el ministro, y confesó que él nada sabía, porque la prenda había sido hecha por un oficial suyo, llamado Hermino Novillo, y si es así, mata á quien debo tan buen aviso. Pero le hace buscar y le recompensaré.»

GERÓN. ¡Cómo?

ANAST. Entonces pedí permiso, y entré en la habitación, y al decirlo que te conocía, me contestó: «Pues bien, conduzcale aquí; le gratificaré, y quiero nombrarle sastre de cámara.»

GERÓN. ¡Dios mío!... ¡Qué personaje tan extraña y tan repentina!

GENERAL. ¡Sastre de cámara!

ANAST. Con que vamos pronto, que S. E. aguarda: vamos corriendo.

GERÓN. Sí, sí, volando; vamos á ver á ese víctima que yo he salvado.

¡Gracias á Dios que al cabo
me veo libre
de tanto y tanto susto
de gran calibre!
Y pues salvo ministros
sin saber nada,
salvamos á posaderos
con los palmadas.

(Vuelve el telón.)